



## 1. HISTORIA, GUERRA E INTELIGENCIA: RAZONES Y MOTIVOS PARA UN LIBRO



↑ Hans Friedrich von Fleming, *Der vollkommene teutsche soldat*, Leipzig, 1726.  
Sala de estudio y análisis de mapas.

↓ Personal del Comando Estratégico del Aire analizando las imágenes  
de reconocimiento aéreo durante la Crisis de los Misiles de Cuba, 1962.  
Foto cortesía de la Fuerza Aérea Estadounidense; [www.af.mil](http://www.af.mil).

**E**ste libro comenzó a fraguarse el año 2003 y continuó creciendo, primero como colección de anotaciones personales, y más tarde como breves textos completados en el transcurso de los diferentes seminarios sobre el mundo de la inteligencia en los que fui participando, unas veces como organizador y otras como ponente. También recoge algunas ideas que se fueron publicando en la propia web del Instituto Juan Velázquez de Velasco de investigación en inteligencia para la seguridad y la defensa. En absoluto constituye un manual u obra de referencia: le falta exhaustividad y sobre todo intención de convertirse en ello. Tan sólo refleja eso: un conjunto de reflexiones académicas, apuntes y pensamientos que tratan de aportar algo de luz sobre el papel de la información secreta como elemento esencial dentro de las capacidades de los ejércitos, así como la base de conocimiento insustituible para fundamentar las decisiones políticas que tienen que ver con la seguridad nacional. Y no sólo la información en bruto es la protagonista principal de este libro, sino su obtención, organización, procesamiento, análisis y disponibilidad hasta convertirse en inteligencia como activo insuperable y necesario, ahora y hace siglos, tanto para el diseño de planes aplicados a la conducción de la guerra como para el fortalecimiento de la paz.

Es sobradamente conocido que el edificio historiográfico de la Antigüedad descansó sobre una serie de conceptos y líneas rectoras que pasarían hasta nuestros días siguiendo la tradición occidental y atravesando la cultura renacentista y barroca. Una de las concepciones más celebradas y duraderas fue la que hizo de la Historia una maestra de vida a juicio de Tito Livio, un espejo en el que mi-

rarse para aprender de los errores y ensalzar los aciertos. En suma, una guía autorizada para afrontar el presente por vía de experiencia pasada. La lectura de libros de historia quedó reputada casi paralelamente como acción utilísima a juicio de numerosos autores de teoría política y militar de los siglos XVI y XVII, quienes no dejaron de recomendar dentro de la formación del príncipe la lectura provechosa de pasajes, biografías o acontecimientos de naturaleza histórica. Un hombre de diplomacia y erudición como fue don Diego Saavedra Fajardo reflejó en sus célebres empresas políticas la fructífera y necesaria vinculación entre la lectura provechosa de los libros de historia con el gobierno y el reforzamiento de la figura del príncipe: «Con este estudio de la Historia, podrá Vuestra Alteza entrar más seguro en el golfo del gobierno, teniendo por piloto a la experiencia de lo pasado para la dirección de lo presente, y disponiéndolo de tal suerte que fije Vuestra Alteza los ojos en lo futuro, y lo antevea, para evitar los peligros, o para que sean menores prevenidos» (Saavedra, 1675: n.º 28). Y lo mismo que Saavedra Fajardo, numerosos cronistas, historiadores y pensadores políticos retomarían una y otra vez este lugar común. Lo que parece un punto de partida solvente es que en el entorno de las relaciones internacionales, en las fricciones entre países y en el desarrollo de la guerra existen pautas comunes, elementos centrales inmutables a lo largo de los siglos que propician una síntesis histórica. También la inteligencia es una constante atemporal y, por tanto, su concurso en el desarrollo de la paz y de la guerra participa de algunas características que pueden rastrearse con pocas variaciones a lo largo de los siglos.

La historia de la inteligencia debe contemplarse, si se quiere, como capítulo específico de la historia de la información pública y privada. De hecho, también reclama su lugar dentro de las llamadas «Sociedades de la Información», antes o después del ordenador (Black, Muddiman y Plant, 2007). Este volver sobre la historia participa de algún modo de las perspectivas, enfoques y contribuciones hechas por diversos expertos y grupos de investigación, tanto europeos como americanos, que propugnan unos mayores niveles de encuentro entre el mundo académico y los organismos

de inteligencia. En España, los innegables avances alcanzados en un período de tiempo realmente sorprendente han permitido establecer una base sólida en torno a la cultura de inteligencia. En su seno, el decidido empeño del Centro Nacional de Inteligencia ha sido un factor imprescindible que ha permitido consolidar proyectos convertidos hoy en día en realidad.

Por ello, el necesario contexto histórico que explica lo que la inteligencia ha sido permite comprender lo que es en la actualidad y ayuda a su vez a plantear algunos retos de futuro. Reflexionar sobre la evolución en el tiempo de las operaciones conducentes a transformar todo tipo de información, abierta o reservada, en un conocimiento secreto de las oportunidades, amenazas y debilidades a las que hacer frente un sistema de seguridad y defensa para obtener una ventaja de su sabia interpretación y explotación es, por tanto, el asunto central de estas páginas. Unas páginas que, además, se suman a la ya relevante producción científica especializada en nuestro país sobre los muy diversos aspectos desde los que estudiar el mundo de la inteligencia, algo que determina ineludiblemente el avance del conocimiento sobre una disciplina y su consolidación científica.

Secreto y deshonor han acompañado secularmente todo lo relacionado con este universo. En los años del Renacimiento los embajadores eran considerados «espías honorables» aceptados mientras no se descubriese lo que todo el mundo sabía que hacían y promovían: espiar e informar bajo cobertura acreditada. En miles de años de historia pocas veces se ha cuestionado el valor, la utilidad y la necesidad de contar con espías. En el ámbito estrictamente militar, nunca. Ahora bien, la honorabilidad y la normalización de las estructuras de inteligencia secreta sólo se han empezado a considerar muy recientemente al mismo tiempo que la sistematización del trabajo de inteligencia ha alcanzado niveles técnica y metodológicamente muy notables desde finales del siglo XIX.

Por ello, en un contexto internacional como el actual, en el que el avispero de Irak se encamina hacia el caos absoluto, donde la mezcla de facciones e intereses agrupados en torno a la llamada «insurgencia» y la lucha que se libra contra ellos se han convertido en un escenario difícil, por no decir imposible, de gestionar, la in-

teligencia occidental se ve obligada a revisar modelos históricos y analizar patrones comunes que sirvan para explicar pautas compartidas. Se rescatan ejemplos que culminaron exitosamente con la lucha asimétrica en todos los rincones del mundo, desde las milicias americanas contra el Ejército inglés en la guerra de Independencia, hasta las operaciones contrainsurgentes en los procesos de descolonización, pasando por las características de la guerrilla española durante 1808-1812. No es casual que el 9 de agosto de 2007 el semanario *Newsweek* dedicase un artículo titulado «El ejército conocía Irak..., hace sesenta años» en el que se daba cuenta de un manual de 41 páginas editado por el Ejército de Estados Unidos en 1943 acerca de la idiosincrasia, la religión, las características geográficas y culturales de Irak para uso de sus soldados allí desplegados (*Instructions for American Servicemen in Iraq during World War II*). En suma, un producto de información precursor de los actuales *Manuales de área* que son repartidos a todos los soldados que intervienen en una misión exterior. Ganar la guerra y ganarla con honor eran los objetivos de aquellos Estados Unidos según indica el teniente coronel John Nagl, autor del prólogo a su reedición. Algo que da mucho que pensar, por contraste, con la situación que actualmente se refleja en los campos de batalla de Irak. Tampoco sería descabellado revisar la reciente historia de este país y especialmente las características de la rebelión iraquí contra la ocupación británica en 1920, así como la forma en que dicha crisis fue manejada. Una buena fuente de información pueden ser las memorias del teniente general Sir Aylmer Haldane, comandante en jefe del Ejército inglés en Mesopotamia, publicadas bajo el significativo título de *The Insurrection in Mesopotamia*. Esta obra fue buscada ansiosamente por los asesores de Rumsfeld que hicieron subir su cotización en las librerías de fondo antiguo de una manera espectacular. Ochenta años después, otro general británico, Sir Rupert Smith ha plasmado en su obra *The Utility of Force* una contundente crítica de la guerra moderna, una vez acabada para siempre la era de la guerra industrial o de choque entre fuerzas convencionales. Esta guerra entre personas y no entre estados, entre grupos armados o milicias y ejércitos regulares, con una utiliza-

ción «subsofisticada» del armamento disponible en una amplia variedad de armamento «sucio», así como la eliminación de las barreras entre objetivos blandos y duros son algunas de las características de este nuevo paradigma de combate contemporáneo. Irak es el mejor exponente de todo ello.

Mientras tanto, al mismo tiempo que la tensión entre Irán y Estados Unidos no deja de subir unos grados cada mes, los intereses geoestratégicos de Rusia y China amenazan la tradicional hegemonía occidental en zonas de África y Oriente Medio. Es más, algunos expertos como Robert Kaplan observan ya cómo el continente asiático está preparado para tomar el relevo en la hegemonía mundial. Todo ello configura un panorama para cuya comprensión desde el punto de vista de la inteligencia me ha parecido oportuno proponer un ejercicio de revisión, de comparación y de reflexión sobre esas enseñanzas de la historia y, sobre todo, de curiosidad por conocer hasta qué punto determinados hechos del presente ya tuvieron su pasado e incluso su calco siglos atrás. No en vano, las analogías históricas son estudiadas como un elemento más a tener en cuenta para formarse un conocimiento acertado de una situación determinada y favorecer el proceso de toma de decisiones.

La revisión de numerosos documentos, periódicos, libros y tratados hizo detenerme sobre la curiosa similitud existente entre algunos problemas actuales vinculados a la inteligencia estratégica, operacional y táctica que ya fueron afrontados siglos atrás, en un momento pre-tecnológico. Las soluciones dadas a alguno de ellos incluso comparten sorprendentes características comunes a las ofrecidas en nuestros días, a pesar de los siglos transcurridos. Muchas plantean situaciones exitosas o estrepitosos fallos recurrentes en la historia de la inteligencia tanto en tiempo de guerra como de paz. Esto, que podría aludir a un cierto retorno cíclico, no supone automáticamente abrazar el conocido axioma de que el desconocimiento de los errores históricos provoca automáticamente la condena de su repetición. Pero indudablemente, ayuda a comprender el asunto.

Por todo ello, es precisamente ese hilo conductor entre siglos el que me ha interesado abordar en estas líneas, haciendo, por tanto,

de la historia de la inteligencia aplicada a la conducción de la guerra y al afianzamiento de la paz un espejo en el que fijarse para entresacar, si no lecciones determinantes, sí algunas enseñanzas provechosas o, al menos, descubrir semejanzas centenarias. Máxime cuando esta historia es inherente a la propia historia de la Humanidad, con sus cientos de guerras y paces sistemáticamente transitorias. Existe un riesgo evidente que esperamos haber superado satisfactoriamente y es la posibilidad de volver contemporáneos hechos y acontecimientos del pasado que deben ser contemplados únicamente en su contexto histórico. Por ello, volver sobre las fuentes históricas no es tarea estéril y repasar las hemerotecas se convierte en un ejercicio muy saludable para comprender no sólo los principales rasgos geográficos, políticos, sociales o históricos de un determinado país, sino también para rehacer y replantear perspectivas en la historia de la guerra y la gestión de los conflictos y, por extensión, en la historia de la inteligencia y la información secreta de naturaleza sensible. Sobre la enseñanza de la historia para comprender algunos problemas vinculados al uso efectivo de inteligencia en el pasado se han escrito valiosas reflexiones (Michael Herman, 2003). De algún modo, este enfoque se encontraba ya presente en el volumen número 21 correspondiente al mes de octubre de 2006 de la prestigiosa revista *Intelligence and National Security*, especialmente en el artículo firmado por Len Scott y Gerald Hughes.

Pocas actividades dirigidas por el hombre han estado y siguen estando tan sometidas a la incertidumbre como la guerra. La neblina de la guerra, los imponderables y el azar son elementos centrales en el pensamiento clásico de Clausewitz y precisamente la base sobre la que plasmar una reflexión general sobre el valor de la inteligencia en el «reino de lo desconocido y lo incierto». A su vez, las limitaciones impuestas por la climatología o por las condiciones geográficas se sumaron a las contingencias derivadas de operaciones logísticas de gran complejidad, equipamiento de tropas, cálculos erróneos en la estrategia general, enormes distancias o fallos en el funcionamiento de los equipos de transmisiones. Todos ellos constituyen múltiples factores que han actualizado cada cierto tiempo la célebre expresión de Moltke: «ningún plan, una vez ini-

ciado el combate con el enemigo, aguanta sin desbaratarse más de cinco minutos».



Soldados de la 101 División Aerotransportada se protegen de la nube de polvo generada por el despegue de un helicóptero CH-47D Chinook. Irak, mayo de 2006. Cortesía del Ejército de los Estados Unidos, [www.army.mil](http://www.army.mil). Foto: Teddy Wade.

La inteligencia se alza como el medio más eficaz, aunque no infalible, para alcanzar unos niveles óptimos de reducción de incertidumbre, riesgo, desconocimiento y, por extensión, posible fracaso ante una situación a la que nos enfrentamos. El factor tiempo es a su vez un elemento íntimamente ligado al de inteligencia. No sólo porque la difusión o distribución de los resultados finales del trabajo de inteligencia deban ajustarse al tiempo del destinatario y la decisión. El grado de éxito en la utilización de la inteligencia en la gestión de un conflicto se puede medir en diferentes momentos: el tiempo previo al desencadenamiento de las hostilidades (valoraciones sobre capacidades e intenciones, amenazas y riesgos), durante el desarrollo del conflicto (actualización de conocimiento y apoyo al mando en el transcurso de las operaciones militares) y una vez concluido, con objeto de verificar el cumplimiento de los acuerdos, la evolución del país vencido y la actualización de los indicadores sobre los riesgos y amenazas preexistentes.

No debe olvidarse en todo ello la capital importancia asignada hoy en día a la denominada «gestión de la imaginación» o la recreación de escenarios improbables, pero no imposibles, de amenaza, lo que nos sitúa en el campo de la simulación aplicada a la gestión de crisis. De ahí que un mayor conocimiento de situaciones similares a lo largo del tiempo constituya una base necesaria para poder enfrentarse a una realidad hipotética.

Alcanzar la victoria en el campo de batalla o entrar en un período de paz exitosa y benefactora como potencia triunfante han requerido secularmente unos esfuerzos enormes en todos los órdenes. La sistematización de la dirección de los ejércitos se basó en una división de las funciones militares hasta desembocar en una completa teoría organizativa en la que las diferentes armas y ejércitos debían movilizarse a su nivel y capacidad para alcanzar un objetivo común. La logística, la intendencia, la moral de la tropa, la voluntad de vencer, los adelantos tecnológicos, la proyección de la fuerza o el pensamiento estratégico moderno fueron construyendo durante siglos todo un sistema completo hasta desembocar en la ciencia militar de los siglos XIX y XX. A su vez, la creación de los modernos Estados Mayores de los ejércitos refuerza esa sistematización en la que se incluye la gestión de la información secreta. Las Revoluciones Militares (magistralmente estudiadas por Michael Roberts y Geoffrey Parker) se fueron sucediendo hasta llegar a los años setenta en que la teoría militar soviética propugnó un cambio de paradigma con el ya clásico concepto de revolución en los asuntos militares, de cuya concepción se ha derivado una supuesta nueva revolución (Lanheman, 2007), esta vez en los asuntos de inteligencia a tenor de las investigaciones llevadas a cabo por Deborah Barger dentro de la Rand Corporation.

Si la guerra era la continuación de la política por otros medios, de nuevo Clausewitz sale al encuentro, la paz también basó su equilibrio en las capacidades diplomáticas, en los ordenamientos jurídicos internacionales, en las relaciones establecidas entre potencias y en los acuerdos mantenidos o sistemáticamente abortados. Sin embargo, tanto en épocas de guerra como en períodos de paz, existió otro factor absolutamente imprescindible sobre el que ha pivotado buena

parte de las decisiones tomadas en todos los ámbitos anteriores. Este factor no fue otro sino la capacidad de obtener, procesar, almacenar y utilizar sabiamente la información para decidir mejor, para alcanzar los objetivos más rápidamente y, en definitiva, para conseguir el dominio con autoridad y contundencia tanto en las mesas de negociación política como en los campos de batalla. Y, sin embargo, los complejos mecanismos psíquicos que regulan el acto de decidir son también un factor esencial para comprender el porqué de algunas situaciones conflictivas a las que aparentemente han conducido las malas decisiones o la desacertada gestión de sus responsables. El fundamento de lo que se decide, las variables puestas una al lado de otra, las alternativas que se crean, la información que se incorpora en igualdad de condiciones a todo el proceso son ingredientes de un precipitado que debe finalmente arrojar un producto destilado del que dependen en última instancia vidas, recursos y credibilidad. La interrelación entre política y psicología tiene en la toma de decisiones un campo de estudio que nos ayuda a comprender la raíz de cuestiones tan candentes como los fallos de inteligencia, la disonancia cognitiva o la resistencia a asumir lo que, siendo evidente y real, no queremos oír o ver por ir en contra de nuestras ideas preconcebidas (Jervis, 2006), (Herrero, 2006, 2007).

Paralelamente, no puede olvidarse otra dimensión esencial en toda esta exposición preliminar. El avance tecnológico ha determinado una ineludible evolución en las capacidades, en las herramientas o en los instrumentos de la inteligencia aunque no ha modificado sustancialmente su esencia ni sus fundamentos teóricos. La vinculación entre ciencia y guerra, que encontramos por ejemplo en Lewis Mumford o más recientemente en Steven A. Walton, sugiere una interrelación histórica entre el arte de la guerra y la investigación aplicada por medio de instrumentos científicos como los derivados de la óptica de precisión, detección acústica, medición y, por supuesto, comunicación a distancia empleados para fines militares desde el mismo momento de su invención. Los numerosos proyectos financiados o auspiciados por la agencia DARPA orientados hacia la *Global Information Management* son buena muestra contemporánea de ello. Tal vez sea el ejemplo del GPS uno de los últimos exponen-

tes de lo que venimos diciendo. El lanzamiento de los primeros satélites de posicionamiento global por el Departamento de Defensa de Estados Unidos durante los años 70 está en la base de un uso y comercialización civil dos décadas después. En su origen, trataban de que los submarinos con misiles balísticos intercontinentales determinasen rápidamente su posición en la superficie y consiguiesen que el sistema de guiado de misiles funcionase. Sin embargo, todos los rasgos que propician una sistematización en la conducción de la guerra se ayudan de un elemento clave en la normalización y racionalización de los recursos empleados. El registro, el control y la conservación de la información dentro de sistemas de organización documental fueron tareas determinantes, sobre todo desde comienzos del siglo XIX. El archivo, la documentación y las propuestas de clasificación y de racionalización de los kilómetros de estanterías generadas cada mes por la burocracia militar contribuyeron a hacer de la información, su interpretación y reducción a óptimos niveles abarcables un elemento clave. De ahí a la búsqueda de soluciones de mecanización de tareas rutinarias o de automatización de procesos en un mundo digital un siglo después, sólo mediaba un paso.

El siglo XIX vio crecer exponencialmente cada año el número de invenciones al amparo de la Revolución industrial. La vida útil de los adelantos mecánicos se iba haciendo más corta conforme un adelanto era mejorado por el siguiente. Este período histórico asistió a continuas innovaciones técnicas aplicadas a la transmisión, registro y procesamiento de todo tipo de informaciones gracias a la telefonía, la telegrafía y la comunicación a distancia. Al mismo tiempo, los métodos para hacer seguras esas comunicaciones gracias a la milenaria criptografía se fueron complicando notablemente hasta llegar al tratado de criptografía militar de Auguste Kerckhoffs (1883), considerado un punto de inflexión en la materia. A todos estos avances se sumó la fotografía como técnica de registro gráfico haciendo de inventores y científicos los auténticos protagonistas de una carrera tecnológica en la que todos los países compitieron de forma acelerada. El mundo militar pronto supo comprender la innegable utilidad del nuevo documento que tendría una aplicación decisiva en las operaciones de reconocimiento, vigilancia y exploración topográfica. Paralelamente, la

teoría de la organización aplicada a las estructuras militares aportó un sustrato conceptual necesario. Como ha señalado recientemente Jared Diamond (2007: 277) «la tecnología, en forma de armas y transportes, aporta el medio directo por el que ciertos pueblos han ampliado sus dominios conquistando a otros». Por supuesto, el entorno de la inteligencia secreta no permaneció ajeno a las enormes posibilidades de obtención, control, organización y recuperación de información que le brindaba el momento tecnológico incipiente.

Si la inteligencia es básicamente información y procesamiento, por fuerza todo lo referido a una ciencia que, como la Documentación, estaba a punto de cumplir su mayoría de edad, le era del mayor interés. Paralelamente a este desarrollo tecnológico, la consolidación de la Documentación como ciencia a comienzos del siglo XX contribuyó de forma rotunda a reducir ordenadamente a límites abarcables todo el conocimiento humano registrado, descrito y disponible. El almacenamiento masivo de datos y la posibilidad de recuperarlos con rapidez y sin error ya estaba presente en los proyectos que darían fundamento científico a las ciencias documentales y en las que el belga Paul Otlet y su compañero Lafontaine tendrían un papel fundacional. Incluso en su célebre *Tratado de Documentación* (1934) se adelantaban algunas de las ideas precursoras que darían sustento conceptual a las relaciones sociales entre científicos, a los hipervínculos y a las redes de conocimiento compartido. Algo que sería retomado más de medio siglo después para entender el concepto de redes de información y en especial la red de redes: Internet. Es más, en buena medida, el incremento de la producción científica de publicaciones abiertas durante el siglo XIX motivó el diseño de clasificaciones bibliográficas consagradas hasta nuestros días como la CDU, repertorios como el Bibliográfico Universal o la fundación del Instituto de Documentación y el Instituto Internacional de Bibliografía. Paralelamente, a las clases de documentos tradicionales se sumaban así los testimonios fotográficos que, en unión de los topográficos, cartográficos y los resultantes de la transmisión a distancia y casi en tiempo real de información muy útil para la toma de decisiones pronto hicieron posible una aplicación mejorada de la «lógica del archivo» a las instituciones responsables de la seguridad y la defensa militar por medio de la información.



La lucha por la transmisión de la información en tiempo real: de las señales ópticas del Ejército romano hasta la telegrafía con y sin hilos en un grabado de un ingeniero telegrafista español (1886). Sobre estas líneas: Servicio de información telefónica alemán durante la Primera Guerra Mundial en el frente occidental.

*L'Illustrazione Italiana*, 14 de febrero de 1915.